

LA MIRADA DEL IDIOTA

Raúl Ruiz

MONTESINOS

Esta serie de artículos debería haber tomado el nombre de *Revisiones*, pues tal era el título de la sección en la que nacieron, allá por abril de 1979. Las *revisiones* siguientes aparecieron también en la fenecida *Cinema 2002*, la novena en *Nueva Lente* y las tres restantes en ese ave fénix de cuenta atrás que es *Cinema 2001* y que dirige el inefable Matías Antolín.

Si hoy se publican como *La mirada del idiota*, es porque –a veces– un título se impone a causa de resonancias, de su más atinado valor... o de un encuentro fortuito de citas. En mi caso, tres han sido las citas que me han inclinado al cambio: una de Cortázar, otra de Shakespeare y otra de Higinio Lombardo.

La de Cortázar –que tomo de *La vuelta al día en ochenta mundos*– se ajusta como un guante a mi manera de enfrentarme al cine y a la vida: “Ahora que lo pienso la idiotez debe ser eso: poder entusiasmarse todo el tiempo por cualquier cosa que a uno le guste, sin que un dibujito en una pared tenga que verse menoscabado por el recuerdo de los frescos de Giotto en Padua”.

La de Shakespeare –que Faulkner tomó del acto V, escena V, de *Macbeth*, para su novela *Sound and fury*– se podría aplicar acaso a mi modo de contar... o a mi aparente modo de contar.

La de Higinio Lombardo –que no he podido resistir la tentación de colocar como colofón de este libro– me decidió ya plenamente: esa maravilla de que un místico del siglo XIII encuentre la beata visión atea en la mirada de un idiota es algo que me sigue subyugando. En el fondo, me imagino que estaba haciendo un elogio de la ingenuidad frente a la sabiduría perversa, una apología de la mecedora frente a la cátedra, una alabanza del espectador entusiasmado frente al crítico resabiado.

Y no otra ha sido mi intención, sino la de reivindicar la mirada de ese idiota que fuimos y que el adulto que somos se empeña en asesinar cada mañana.

P.S. En plena corrección de galeras, me he topado con una cita tan sugestiva como las anteriores. Cesare Pavese escribió en *El oficio de vivir* que “la poesía comienza cuando un idiota dice del mar: *Se diría que es aceite*. No es una descripción exacta de la calma, pero es el placer de haber descubierto una semejanza, la excitación de una relación misteriosa”.

Incluirla aquí no sólo me parece clarificador, sino inevitable: a menudo el azar es nuestro más fiel y eficiente colaborador.

INDICE

Introducción	9
El 41 B.L.; El arte impúdico y Platón	11
La acracia de Pasolini o la llegada del reino de la espiga	19
Relación del feliz estado de la República de Calabuch	27
Escepticismo de erratas	37
El thriller: Mito y tinglado	41
Al calor de la ciudad y el recuerdo	51
La princesa salió a las cinco y cuarto	59
Zorba y los cuatro elementos	73
Los forajidos y el destino	81
Martí, Miró, Mont-Roig: la constelación n.º 24	89
Baedeker para ir de Apolo a Dionisos	99
Reivindicación de la mecedora	111
La última sesión o la mirada del idiota	119

LA ULTIMA SESION O LA MIRADA DEL IDIOTA

*Para José María Conget, entusiasmado
espectador de cine*

“Ahora que lo pienso la idiotez debe ser eso: poder entusiasmarse todo el tiempo por cualquier cosa que a uno le guste, sin que un dibujito en una pared tenga que verse menoscabado por el recuerdo de los frescos de Giotto en Padua.”

Julio Cortázar

O dicho de otro modo: disfrutar tanto con *Pasaporte para Pimlico* como con *El séptimo sello...* Porque, cuando por primera vez abrimos los ojos al mundo, un desorden maravilloso se nos ofreció como primicia. Poco después, nuestra mirada fue indagando y gozando, preguntando y asombrándose. Aprendimos el lenguaje de las imágenes sin saber gramática, sin conocer escuelas lingüísticas: como ignorantes y entusiasmados autodidactas..., como idiotas.

Y hasta aquí quiero llegar: me horroriza la idea de que me cubra una costra de suficiencia o de presunción, una aureola de crítico o de entendido. Reivindico mi derecho a la idiotez y cedo –en todo

caso— a la tentación de sugerir, de relacionar, de escribir *revisiones*.

Aunque no podemos permitirnos el lujo de prescindir de lo que la mirada racional ha conseguido, esta aceptación no debiera invalidar esa mirada pueril, poética, que ve más allá de la realidad, que escruta más allá de la gramática narrativa, que espera el destello de alguna iluminación, que aguarda el foco de luz iluminando una pantalla.

A veces —sólo a veces— cabe desobedecer la imperiosa orden de Italo Calvino: “Dillo subito, agli altri: No, non voglio vedere la televisione!”. A veces —sólo a veces— resulta gratificante dejar el libro a un lado y atender la propuesta que nos hacen desde Prado del Rey.

Y —curiosamente— tan real como el prado y como el cine que había en Anarene —el *Royal*— fue aquel otro cine en que asistimos a nuestra propia “última sesión”, aquel cine en el que dejamos nuestra adolescencia sentada en la última fila de butacas.

Después, John Wayne —pronúnciese Yon Vaine— acababa diciendo “Llévalos a Missouri, Mat” y terminaba la película *Río Rojo* y las luces del *Royal* se apagaban..., como se apagaron las lucecitas de colores de nuestra ingenua, torpe, maravillosa, añorada adolescencia.

La primera vez que vi *The last picture show* fue

en Céret. Por aquella época –comienzo de los setenta–, cruzábamos la frontera para ver cine, para comprar libros, para hablar en voz alta, para sentirnos libres. Gozábamos de libertad condicional, una libertad cultural y política... de fin de semana. Eran cuarenta y ocho horas de embriaguez cinematográfica, de películas y películas que pasaban ante nuestros inocentes y ansiosos ojos. De este modo, se mezclaban en nuestras retinas las imágenes del *Satiricón* con las de *Simón del desierto*, las de *Five easy pieces* con las de *Il Decameron*, las de *MASH* con las de *L'espoir*... Nos hartábamos, en fin, con los frutos que nos tenían prohibidos. No éramos *gourmets*, sino hambrientos domingueros del cine y la libertad.

Pero llegaba el domingo por la noche y, antes de volver a cruzar la frontera, veíamos la última película: la que se mantendría más viva en nuestro recuerdo, la que teñiría de nostalgia nuestra escapada a Francia, la que colmaba nuestra irritación ante la absurda situación de nuestro país... Así vimos *La última sesión*, así se nos quedaron grabadas secuencias como la del sordomudo barriendo inútilmente la calle polvorienta. ¿Cabe escena más absurda? ¿Cabe una más cruel, poética metáfora de la existencia?

Y, sin embargo, el sordomudo –al que llaman retrasado mental, idiota– se salva por su gesto y por su mirada: esa acción de barrer –cuya finalidad se agota en sí misma– trascendiendo el absur-

do trágico precisamente por su dedicación entusiasmada; y esa mirada que se extasia en la pantalla del cine Royal, esa mirada que todo amante del cine reconoce como propia, erigiéndose en símbolo de todo espectador entusiasmado. La salvación –al parecer– reside en entusiasmarse, en dejarse poseer por el dios del celuloide.

¡El viento, el polvo, el tiempo...! He vuelto a ver la película de Bogdanovich... y he sufrido esa rara sensación que suele acaecer en los sueños: me he sentido espectador de aquel espectador que en la pantalla veía –no la película, sino– su inmediato pasado, su iniciación erótica, sus ilusiones por salir de la rutina, por quitarse el polvo de la mediocridad ambiental y –quizá– llegar a llorar de rabia hasta convertir el polvo en barro y enfangarse totalmente como en Woodstock.

He vuelto a ver a Sam el León contando una maravillosa, secreta historia de amor; a Sam el León diciendo: “Lo absurdo es darse cuenta de que se es viejo”. He vuelto a percibir el estrago del tiempo en frases como éstas: “Todo está muerto y enterrado”, “Todo pierde su atractivo con la rutina”, “Ya nada es como cuando vivía Sam el León”, “¡Qué película tan buena!”, “Sí, ya la había visto”, “Ahora la gente ya no va al cine”.

Y, flotando sobre Anarene, sobre la película, sobre todos los espectadores del mundo, las palabras sabias y hermosas que John Keats dirigió a

una urna griega y que Bogdanovich pone en boca del profesor de literatura:

“Cuando la vejez haya consumido esta generación,
Tú seguirás siendo –en medio de un dolor distinto
a los nuestros– amiga del hombre, al que dices
‘la belleza es verdad, verdadera belleza: esto es todo
lo que sabes en la tierra y todo que necesitas saber”.

Desde estos ochenta, pasando por los setenta, hasta llegar a la “década prodigiosa” –a través de este artículo, de la película y de la televisión–, me ha guiado un afán de correspondencias..., porque nada es –creo– más importante que la relación. Ni la esencia –de la que hablan los filósofos como si fueran teólogos–, ni la apariencia, ni lo que ha dado en llamarse realidad, alcanzan la virtud sublime de la vida, sino al relacionarse, al establecer contacto, al hacer saltar chispas de ese encuentro entre la memoria y el deseo.

Y conste que jamás me ha pasado por la mente el creer que esta predisposición mía a la relación, al recuerdo y al ansia, sea un privilegio. Muy al contrario: estoy plenamente convencido de que es

la genuina manera de pensar, que es la inclinación natural de todo ser humano.

Cuando éramos más tontos –es decir, más presuntuosos–, despreciábamos esta desordenada actividad mental y nos empecinábamos en ordenar, clasificar, etiquetar, estructurar, encasillar y nombrar con términos “científicos” todo aquello que no necesitaba ser nombrado, encasillado, estructurado, etiquetado, clasificado, ordenado. Aún hoy día hay quien sigue empeñado en ello y deja sus pestañas entre barbarismos y neologismos. Todo nuestro respeto hacia su tarea; pero jamás conseguirán nuestra abdicación, jamás conseguirán que desechemos un modo más humano de entender el mundo, de relacionarnos con él, de beneficiarnos viviéndolo, compartiendo sus maravillas.

Cuando allí en el Olimpo el deseo de Zeus encontró satisfacción en el cuerpo de Mnemósine, hubo un batir de alas y una alegría de reverberaciones: del erótico encuentro nacerían las Musas, es decir, la imaginación, la vivificante manera de entender e interpretar la vida. Recordémoslo con amor: de Mnemósine y Zeus, de la memoria y el deseo.

Por todo ello, reivindicó la frase de Nietzsche: “Es preciso llevar dentro de uno mismo un caos para poder poner en el mundo una estrella”. O lo que es lo mismo: quiero participar tanto de mi razón como de mi sinrazón, de la inteligencia como de esa otra inteligencia a la que Cortázar llamaba

idiotez; quiero ser un idiota inspirado, que no siente rubor al relacionar una canción de Adamo con un texto de Montaigne, que le divierte forzar el encuentro entre Bogdanovich y Zeus, que no se avergüenza de sentir un estremecimiento gozoso ante una mala película o de disfrutar con un soneto de Francisco de Aldana. Prescindir de alguna de las tendencias que bullen en nuestro interior sería un delito de lesa psicología.

¡El viento, el polvo, el tiempo...! He vuelto a ver la película de Bogdanovich... y he comprendido que todo es pretexto, que todo me sirve para desencadenar un texto, que todo tiende a un discurso cuya finalidad es adecuarse al personal, intransferible discurso de vivir. He comprendido que, a veces, la televisión no es la televisión, ni una película es una película: he comprendido que, a veces, este azar de negaciones acaba convirtiéndose en el sentimiento afirmativo del recuerdo, en el gozoso recrearse con las propias vivencias, en ese entramado de nostalgias que configuran una *revisión* como ésta.